

JAZMÍN RIERA



CAMBRIA

OSCURIDAD ETERNA



JAZMÍN RIERA

CAMBRIA II

OSCURIDAD ETERNA



 Planeta

CAPÍTULO 1



Apoyé con fuerza la punta de la lanza en el gran lago, tenía las pantorrillas mojadas y el cuerpo cansado. El arpón estaba vacío, había logrado pescar solo dos en toda la tarde, los peces parecían estar corriendo de algo. Salí del agua viendo la cesta a un lado sin alimentos.

—¿Qué? —Caminé hasta allí para corroborar.

Me habían robado.

Observé a mi alrededor viendo los grandes árboles solitarios, hasta que un movimiento rápido un poco más arriba de una gran piedra llamó mi atención.

—¡Oye! —grité agarrando el arpón para luego correr con velocidad en un intento de seguir el rastro del ladrón. Subí hasta la gran piedra para luego observar a un joven de cabello negro; se encontraba comiendo el pescado mientras mantenía sus piernas colgando peligrosamente cerca del agua. En su cinturilla llevaba una llamativa daga de color verde.

—Devuélveme mi cacería. —Lo apunté con el arpón.

Él no me observó y siguió comiendo, manchando sus ropas y boca con sangre.

—No te tengo miedo —susurré viéndolo fijamente, pero mi voz tembló y mis manos movieron el arpón con torpeza.

El joven ahora me miró, había escuchado los rumores de sus ojos pero nunca me hubiese imaginado algo semejante. El color de estos contrastaba con el rojo de la sangre en su rostro.

—¿Por qué deberías temerme? —preguntó ahora tirando el pescado a medio comer a un costado.

—Eres el joven ojos de nube —susurré viendo cómo se ponía de pie.

—Y tú eres la que escucha voces divinas, semimaga —dijo ahora mirándome desde su lugar.

¿Cómo sabía?

—Ese es un secreto que no debe ser revelado. —Levanté aún más el arpón y di un paso adelante ahora más firme.

El chillido de un pájaro sonó a lo lejos haciendo que mi mirada fuese allí, para luego volver adonde estaba el joven ojos de nube, quien había desaparecido por completo dejando solo el pescado a medio comer. Mi respiración se volvió tensa, todos mis sentidos estaban en alerta. Con rapidez tomé mis cosas para comenzar a correr con algo de dificultad, estaba en lo alto de un cerro y no debía desviarme del camino.

—¿No las escuchas? —Su voz sonó en mi fuero interno. Levanté mi rostro para verlo colgado en una de las ramas con sus ojos congelados observándome.

—Por los santos dioses, no —susurré aterrada mientras seguía en la bajada; mis piernas dolían y mi cuerpo se encontraba realmente agotado. De mi boca se disparó una plegaria con el fin de mantener las voces lejos pero fue imposible. Voces de distintas formas invadían mi cerebro con fuerza, di un grito cerrando mis ojos.

Caí frente a una gran arboleda, escuché el susurro de la copa de los árboles y por primera vez... silencio. Observé a mi alrededor todavía en el piso, sintiendo la hierba fresca, la tierra, la brisa mover mi cabello. Levanté mi rostro para verlo ahora frente a mí a unos metros de distancia. Con suavidad caminé hasta estar cerca de mí y se agachó. No tuve miedo, todo se encontraba en una profunda paz, como si nada de esto fuese cierto.

—Todo secreto es revelado cuando la luz aclara la oscuridad —susurró viéndome fijamente.

Sus ojos eran grises, de mirada fría como el hielo que se esparce en invierno y el dolor que eso conlleva. Amaba el invierno, pero podía ser crudo y cruel. No debía tener más de quince años. Se inclinó hacia mí, en sus dedos había sangre. Sin más deslizó su pulgar manchado de rojo para pasarlo con rapidez por mi mejilla. Estaba segura de que había dejado una línea roja.

Un sonido retumbó con fuerza, observé a un animal de grandes alas, parecido a un cuervo, sobrevolar por arriba de nosotros. Al bajar mi mirada, me encontraba sola, tan sola como nunca antes...

Mis ojos se abrieron. Con el cuerpo debilitado, quité la aguja de mi antebrazo maltratado.

Oliver, con su cabellera rubia desordenada, me observaba desde la ventana de la sala en Liberium. Me puse de pie sosteniéndome en la mesa y sentí un líquido caer de mi boca. Con rapidez agarré mi pañuelo, lo llevé a mi boca y sentí el sabor metálico tan familiar.

—Lo haces con demasiada frecuencia. Dañará tu psiquis. —La voz de Oliver sonó algo lejana y preocupada.

Salí de la sala todavía algo atontada para luego bajar las escaleras con Oliver pisándome los talones.

—¿Sabes qué no hago demasiado? Mandarte a la mierda —gruñí mientras me sentaba en la barra.

Volver de un *revivre* se sentía como una gran resaca, como si mi cerebro fuese agua y la realidad algo terriblemente aburrido. A esto se agregaba la punzada continua en mi cráneo.

Pam, con su cabello rapado de lado y puntas verdes, apoyó una cerveza frente a mí mientras hacía una mueca con los labios.

—Veo que estás de fiesta —dijo mirándome fijo, sus ojos negros eran acusadores.

—Sí, estoy haciéndote el favor de brindarte mi compañía con frecuencia. —Bebí de mi cerveza. Oliver se apoyó en la barra suspirando.

—Cerraré el *revivre*. —Oliver habló de repente.

Apoyé con fuerza el vaso de cerveza semivacío; estaba sedienta.

—Buscaré otro lugar para hacerlos. —Mi garganta ardió y me invadió un ataque de tos. Llevé el pañuelo a mi boca viendo que la sangre todavía seguía saliendo.

Pam se cruzó de brazos respirando hondo.

—¿Has ido a ver a tu hermana? —preguntó ahora la morena.

Dejé caer mi cabeza con pesadez hacia atrás, estaba cansada y dolorida.

—¿Qué es esto? ¿Preguntémosle a la humana qué pasa en su vida? —Me burlé con lentitud para luego ponerme de pie y observar el lugar.

Liberium seguía funcionando bajo el mando de Pam, algunas personas jugaban al *pool*. Sentí mi cuerpo temblar y me sostuve de uno de los taburetes.

—Vete, Tabatha. No es bueno tener a una *hulla* moribunda a estas horas —susurró Pam viéndome fijamente con los ojos como dagas.

Ella me seguía culpando por la muerte de Einar. Yo me seguía culpando por la muerte de Einar.

Oliver apoyó una mano en mi espalda, casi como si buscara estabilizarme.

—Vamos. —Su tono era dulce, pero lleno de pena.

Ambos caminamos hacia fuera, y la oscuridad de la noche nos cubrió como un manto tenebroso. Pasé el casco por mi cabeza; sin más subimos a la moto, para luego comenzar a desplazarnos por las calles vacías.

Luego de la muerte de Einar hacía ya casi un año, la Tierra había caído en algo aterrador que todavía no podía descifrar. El caos liderado por los *insubos* había hecho que el mundo que conocía se convirtiera en una película de terror. Los *guardianes* no tenían autorización para pelear contra ellos, quienes convertían a humanos en *semidoms* apenas oscurecía y al parecer estaban evolucionando de alguna manera.

Mataban, saqueaban y hacían que la noche fuera algo tan aterrador que lograron el aislamiento social de la humanidad con un toque de queda. Ya que no solo esto era obra de los seres mágicos en nuestra Tierra, sino que también había ciertos humanos que se aprovechaban del caos: criminales y, principalmente, quienes pensaban que era una rebelión al estilo Robin Hood.

Apoyé mi perfil en la espalda de Oliver en un intento de resguardarme del viento de frente. El verano había pasado, igual así, parecía todo congelado; el frío era lo único que se sentía hacía ya once meses. Me abracé aún más al rubio sintiendo mi pecho hundirse en un mar de náusea. Otra consecuencia del *revivre* o tal vez de perder a un ser querido. Mis ojos observaron en las calles vacías los grandes carteles que desde hacía ocho meses anunciaban el toque de queda ante el vandalismo. Cuando caía la noche, Cambria se volvía un pueblo fantasma.

Mi mirada frenó ante las llamas rojas y amarillas que explotaban en la mitad de una de las calles a lo lejos. Oliver había frenado por el semáforo. Unas siluetas, alrededor del fuego, se dieron vuelta vién-

donos. Ninguna persona en su sano juicio estaría a estas horas en la calle y la conclusión era clara. Si estaban en esta hora, era porque eran *insubos* o *semidoms* utilizados por los primeros.

—Acelera. —Mi voz sonó rasposa y cansada.

Los seres comenzaron a caminar hacia nosotros a la lejanía.

—¡Que aceleres, Oliver! —repetí ahora un poco más alto.

Como si se hubiese despertado dio un arranque y salimos disparados. Las risas de los extraños no se hicieron esperar. Nos habían dejado escapar o de seguro los *insubos* cercanos habían previsto que Oliver no era un *hulla*.

Quemaban cosas, gente y lo que fuera. Era su símbolo, uno robado.

A los pocos minutos frenamos en el edificio antiguo y algo cascodeado, bajé de la moto quitándome el casco.

—¿Cómo te sientes? —preguntó levantando el mirador de su casco.

—Mareada, cansada y... congelada —contesté sintiendo mis músculos doler.

—Necesitamos esperar, pasar desapercibidos, hasta recibir las órdenes del Caleus —explicó por vez un millón.

—Sí. Tú. Tú necesitas esperar. Mientras los humanos se mueren en una guerra silenciosa e invisible —dije sacando las llaves de mi chaqueta.

—Es todo lo que podemos hacer por el momento, mesera —dijo. Tosí sintiendo mi garganta arder de nuevo; los efectos del *revivre* hacían estragos en mi cuerpo, casi como si sintiera envejecer cada vez.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó ahora con voz suave.

Observé el cielo estrellado, hacía mucho que no estaba así.

Entramos a mi departamento. Todavía no me acostumbraba a vivir completamente sola, pero era preferible a quedarme con Betiana y mi madre por el momento. E iba a ser más seguro para ellas. Mi cabeza estaba demasiado conflictuada como para tener que convivir en familia.

Era una casa pequeña, austera y antigua. Funcionaba para las cuestiones básicas y para mantenernos fuera de la visión de cualquier *insubo*. Con rapidez me tomé un analgésico para el dolor corporal que sería mi gran pesadilla por la noche, gracias a los *revivre*.

Abrí la heladera viendo que ya no quedaba nada allí. Tomé una botella de *gin*, la llevé a mis labios y bebí el líquido amargo para tragar la pastilla.

Oliver se quitó el casco y me miró con el rostro lleno de preocupación.

—Por favor, deja de beber —pidió parándose frente a mí.

Su altura me hizo recordar a Einar. Oliver era un hombre fuerte y observador. Pero mucho más suave que Einar, dulce. Tenía una clara esperanza por la vida humana, algo que Einar había perdido mucho tiempo atrás.

—¿Quieres? —pregunté. Él intentó arrebatarme la botella pero fui sorpresivamente más rápida. Caminé por la estrecha cocina.

—Te estás haciendo daño —dijo dejando salir un suspiro.

—Qué dramático —hablé viéndolo.

—Esta no es la manera —comentó viéndome—. Pronto nos ordenarán cómo proceder. Las cosas no están fáciles, la conexión...

—¿Y qué hay de tu líder? ¿Se está rascando la espalda con el báculo? —pregunté burlona para luego beber un poco más sintiendo cómo el alcohol suavizaba y dormía mi garganta irritada.

—No puede accionar sin la aceptación de los superiores. Solo defender y es lo que estamos haciendo —comentó apoyándose en la mesada.

—Defender, defender, defender —repetí—. ¿Por qué estás aquí? —pregunté levantando una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Oliver me observaba con ingenuidad. Yo volví a mirar su cabello rubio despeinado y sus ojos marrones con destellos color caramelo. Conservaba sus aires de deportista estrella y rostro angelical. Me acerqué unos pasos hacia él.

—¿Qué haces entonces perdiendo el tiempo con una *hulla*? —pregunté viéndolo.

—Cuido de ti. Es lo que se me indicó —aclaró.

Carcajé lentamente para luego dejar la botella en la mesada. Me quité con rapidez la chaqueta y la tiré en el piso mientras caminaba sin rumbo por la cocina.

—¿Quién te indicó que me cuides? —Él, con tranquilidad, levantó la chaqueta y la acomodó—. ¿Pam? —insistí, él negó con la cabeza lentamente sin verme—. ¿Betiana? —Volvió a negar ahora largando

el aire—. ¿Alguien del Caleus? —dije burlona. Resopló, no le gustaba este juego. Me acerqué a él—. El ser que te pidió que me cuides está muerto. Puedes abandonar tu tarea y dejarme en paz —susurré frente a él—. Sé libre, pequeña hada. —Me burlé.

Oliver estaba apoyado en la mesada, lo tenía atrapado. Respiré su aroma algo dulce y refrescante. Sus ojos marrones me observaron fijamente, era noble. Pasó una mano por mi brazo destapado, y me acarició con lentitud y suavidad. Extrañaba el contacto. Con mi familia lejos, mis amigos desaparecidos y nadie de mi círculo cerca hacía ya casi un año. Simplemente tenía a Oliver. Por un segundo algo en mi garganta se atoró: la angustia que venía amasando hacía meses.

—Esta distancia no es correcta —susurró.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Los *guardianes* no pueden estar cerca de *hullas*. —Me miró fijamente.

—Eso no lo frenaba a Einar —dije lentamente.

—Einar era un líder, sabía cómo moverse entre los límites. Contecía más sabiduría entre los *guardianes* —informó respirando hondo.

Oliver pasó una mano a mi nuca; una electricidad recorrió mi cuerpo y el oxígeno entró con fuerza en mis pulmones tanto que por un microsegundo sentí mi vista perderse.

Me tiré hacia atrás desprendiéndome torpemente del contacto de Oliver quien ahora me miraba. La sensación era de ahogo.

—¡No hagas eso! —gruñí llevando mi mano a mi cuello.

—Si sigues por este camino, un *ínsubo* te dominará. No te falta mucho para terminar de destruirte, estás debilitada. Él no me perdonaría si algo te ocurre —susurró viéndome.

Su voz era suave y dulce.

—Él está muerto. —Sentí mi garganta arder de la ira.

—Sigo siendo un *lux* y mi palabra es sagrada.

—Eres un pésimo *lux* —balbuceé molesta y algo desorientada por el intento de Oliver de desintoxicarme—. Me iré a bañar —fue todo lo que dije para luego retirarme de la cocina.

Seguí tocando mi cuello sintiéndome más despabilada. Entré con torpeza al baño para luego prender la luz y verme en el reflejo. De lejos escuché la radio prenderse, a él le gustaba escuchar las noticias en esa radio apestosa.

Ojeras, piel pálida, ojos apagados, cabello largo y enmarañado en un rodete. Había algo a punto de explotar dentro de mí. Grité sintiendo el dolor recorrer mi sangre, odiaba este mundo. Respiré hondo ahora abriendo uno de los estantes en búsqueda de algo en especial. Mi mirada fue a las distintas botellas de calmantes, pastillas para el dolor de cabeza hasta frenar en unas tijeras algo oxidadas, claramente habían quedado de la dueña anterior. Sin más las tomé y comencé a cortarme el cabello sintiendo la tensión en mi cuerpo disiparse con cada mechón de mi pelo negro cayendo al suelo. Luego de unos minutos me observé en el reflejo, el cabello ahora estaba corto y claramente disparateo por mi mano poco profesional; aun así me gustó el resultado. Ya no me veía tan desamparada. Casi como si esta elección mostrara que era yo quien elegía el caos y no que era una víctima de las circunstancias.

—Tabatha. —Una voz me interrumpió—. ¿Necesitas ayuda? —preguntó mi jefe de área.

Volví al presente, la oficina de la revista estaba casi despoblada, ya era tarde. Una canción de Sam Cooke sonaba de fondo algo olvidada dándole un aire nostálgico a la situación. Con el toque de queda y los saqueos habían aparecido los problemas económicos; por ende, muchas empresas habían tenido que cerrar y ante eso la bolsa de trabajo había caído considerablemente. El miedo hacía que la gente no saliera de sus casas, por lo que éramos nosotros dos en este espacio, en lo que parecía una gran pandemia mundial, una sangrienta y terrorífica.

—Sí, tan solo quería ponerme al día con algunos *emails* retrasados. Él asintió.

—No te preocupes por eso. Ha sido un día largo. ¿Por qué no vas a tu casa a descansar? Mañana puedes seguir —comentó amablemente.

—Sí, claro.

Me puse de pie para juntar mis cosas; entre los cuadernos vi caer una gota de sangre. Con rapidez llevé la mano a mi nariz, estaba sangrando; me aseguré de que mi jefe no me viera.

Me metí en uno de los baños, observé al espejo: el cabello corto, las ojeras en mi piel pálida y el rojo hilo bajo mi nariz. Sabía que era por los *revivres*, tal vez Oliver tenía razón, debía espaciarlos. Me limpié y

de pronto escuché una risa familiar. Con rapidez salí del baño y pude observar un cuerpo femenino perderse por el ascensor. Su cabello con mechas rosas era reconocible. Las puertas metálicas ya habían cerrado. Toqué con ansiedad el círculo de luces en un intento de apurar al ascensor; al ver que nada ocurría, corrí a tomar mi abrigo y mochila. Bajé las escaleras con rapidez. Salí de la oficina con urgencia y choqué con Darío, el dueño de una tienda frente a la oficina. Un hombre amable que me saludaba cada día y se encargaba de esperarme en las mañanas frías con un café con canela hecho especialmente para mí.

—¿Está todo bien, Tab? —preguntó con honesta preocupación. Su bigote con canas y su poco cabello denotaban que era un hombre bastante mayor.

—Sí, sí, me pareció ver a una amiga... —Me aferré a mi tapado para frenar el frío helado. Observé entre la escasa gente caminando por Cambria, hasta observar la espalda de la joven desplazarse un poco más lejos y doblar en la siguiente esquina. Saludé a Darío y apuré mi paso siguiéndola; su caminata era rápida y las calles se hacían a cada paso menos pobladas. Observé cómo atravesaba una de las calles del norte; mi mirada fue a las casas destruidas e incendiadas.

—¡Isa! —grité, pero ella ya se había perdido por la pequeña calle. Observé por un segundo qué tan lejos estaría del centro de Cambria. Sin premeditarlo crucé la calle a paso seguro, adentrándome en la zona prohibida. Observé las casas quemadas, los recuerdos de lo que había sido una parte de Cambria. Para los noticieros, simplemente había sido una invasión de delincuentes; se creía que habían escapado de algún centro de detención o mil justificaciones más que no tenían sentido. Esa noche había sido un inicio, el inicio de la guerra silenciosa, tan solo un mes luego de la muerte de Einar.

Los humanos nunca sabrían que estaban siendo atacados por los mismísimos demonios. Un frío recorrió mi cuerpo cuando atravesé la zona solitaria. Lo que habían sido edificios, casas, locales, todo en color carbón por el gran incendio.

—¿Isa? —pregunté al ver que la chica había frenado ante lo que parecía un viejo local, completamente sellado ante los saqueos previos—. Isa —dije más segura llamando a la joven que había sido mi asistente y confidente en el diario. Al darse vuelta mi sangre se heló—. Tú... Tú no eres... —susurré como pude dando un paso hacia atrás.

Sus ojos se veían oscuros y se destacaban sus ojeras marcadas, mejillas consumidas y brazos notoriamente golpeados.

—¡HULLA! —Un grito ensordecedor sonó a lo alto, y de repente vi varios ojos contra mí.

Debía salir de allí, estaba en territorio peligroso. Mi sangre bombeó con fuerza y la adrenalina hizo que mis piernas empezaran a moverse con rapidez.

—¡Atrápenla! —gritó uno con diversión y dientes afilados. Era su espectáculo, su circo, de eso estaba segura. El atardecer estaba cayendo, pronto sería de noche y cuando lo hiciera sería simplemente un pedazo de carne para ellos.

Sentí mi corazón dar un salto mientras corría con todas mis fuerzas, me estaban observando; era su caza, el antílope. El camino se volvió un laberinto oscuro y ensordecedor. ¿Qué? Frené en seco, el miedo heló mi sangre. ¿Cómo podía ser? Si hasta recién estaba en una de las calles de Cambria. Mi cuerpo tembló con fuerza.

Están jugando con tu mente.

Einar.

El camino es directo, cruza la calle.

Sabía que era mi mente intentando salvarme, era una alucinación de Einar, una artimaña de mi cerebro para sacarme de esta situación.

Observé por un segundo la gran pared que yacía allí, con rapidez tomé impulso y corrí hacia la misma. Cerré mis ojos en un intento de no sentir el impacto; moriría, el golpe me mataría. Pero el golpe nunca llegó. Abrí mis ojos sorprendida: había atravesado la pared que ahora no existía. Seguí corriendo cuando una mano intentó agarrarme; unos gritos sonaron de fondo, eran como hienas. Ahora al frente de la calle aparecía un precipicio; uno de los más grandes que alguna vez hubiera visto. El viento se hizo fuerte, corrí hacia el abismo y me arrodillé observando cómo todo terminaba en un acantilado. Allí había un gran lago que me resultaba conocido. Podía escuchar sus risas acercándose.

De pronto una moto se posicionó a mis espaldas, casi protegiéndome. Abrí mis ojos y me encontraba nuevamente en Cambria, en la calle: no había acantilado, ni lago. Observé ahora al hombre de la moto: estaba vestido de negro y tenía un porte seguro. Estiró su mano.

Era su moto. ¿Einar? Mi corazón frenó por completo. Si esto era otra alucinación, no me molestaría morir en ella.

—¡Vamos! —La voz de Oliver sonó.

Con rapidez me subí a la moto observando cómo la mujer me miraba con los ojos fijos. No se parecía a Isa, ni siquiera su cabello; sus ojos negros y sus mejillas consumidas eran terroríficos.

Me abracé a Oliver y salimos disparados mientras la noche se acercaba y la gente corría para esconderse en sus casas. Las lágrimas acariciaron mi mejilla, por la alegría de seguir viva y el dolor de seguirlo sin él. El sonido de la alarma de inicio del toque de queda no se hizo esperar, junto con una grabación del gobierno anunciando los protocolos de todas las noches.

Entramos a la casa. Mi cuerpo estaba temblando, mi cabeza dolía y tan solo quería esconderme en mi cama hasta que todo esto terminara.

—Iré a bañarme —susurré.

A los pocos minutos me encontraba debajo de la ducha, las lágrimas cayeron por mis mejillas; estaba cansada, quería a mi antigua vida de nuevo.

A los pocos minutos ya me encontraba nuevamente entrando a la cocina; el aroma a comida había inundado por completo la casa dando una sensación algo nostálgica a hogar. Yo llevaba el cabello mojado, una remera holgada y unos *joggings*.

—Me gusta el nuevo cabello —comentó relajado mientras revolvía el contenido de una olla al fuego.

—Gracias. —Busqué mis bebidas en los estantes—. ¿Dónde está mi alcohol? —pregunté viendo que estaba vacío.

Con rapidez abrí la heladera, allí estaba sorprendentemente llena de comida.

—Lo siento, mesera. Pero creo que con lo que ocurrió hoy puedes darte cuenta de que tu sistema...

—¡Está debilitado! —grité viéndolo—. ¡Lo sé! ¿¡Donde están mis bebidas!? —le dije con los ojos fijos. Respiré hondo intentando calmarme—. Oliver, en serio. Soy una mujer adulta a la que no le gusta que le cambien las cosas de lugar en su propia casa. —Intenté sonar más tranquila.

—Las he tirado —dijo con suavidad; su cabello estaba despeinado y sus ojos seguían manteniendo la dulzura que lo caracterizaba. Pero parecía cansado, las ojeras debajo de sus ojos lo delataban.

—¿Por qué haces esto? —pregunté sentándome en un intento de calmar la punzada que se estaba generando en mi cerebro.

—Tabatha, sé que estás viviendo un momento difícil. Sé que no es fácil estar apartada de tu familia, la guerra en las calles... —dijo mirándome—. Pero es importante que tú te mantengas con vida.

—¿Por qué? —pregunté de repente—. ¿Por qué es tan importante? —Me puse de pie. —Déjame morir —pedí honestamente—. Es el final de todo esto. No quiero morir devorada por uno de esos bichos —susurré casi sin reconocer mi voz.

—Una cosa es que mueras por lo inevitable, otra que mueras por algo que pudimos haber evitado... —habló suave—. Pudiste —corrigió.

—Oliver, los dos sabemos cuál es el final de este libro... —susurré—. Y no es uno feliz. Porque el final, pasó hace once meses. —Me acerqué a él—. Déjame ir. —Mi cuerpo al igual que mi alma, estaban cansados.

—No puedo, hice una promesa.

—Él ya no está aquí.

Oliver pasó una mano por su cabello, era la primera vez que lo veía cansado. Sabía que todo esto no era fácil para él tampoco.

—No, pero yo sí —respondió—. Y necesito que dejes de atacar tu psiquis, que te alimentes y te mantengas lejos de la zona de los quemados. El Caleus ya está accionado, no les queda mucho más a los *ínsubos* —habló mirándome fijamente—. Por favor... hazlo por nosotros.

—¿Quiénes son nosotros? —pregunté.

—Por tu madre, por Betiana, por Didi... —Suspiró—. Por mí —gritó.

Algo atravesó mi cuerpo, la angustia explotó en mil pedazos dentro de mi anatomía. La esperanza de luchar por algo o alguien, una pequeña estrella en una galaxia. Sin vida humana, sin Einar, sin nada...

Con impulso me acerqué a él y lo abracé; él me devolvió el abrazo y me invadió su aroma dulce y delicado. Podía sentir cómo mi cuerpo recobraba la energía, mi respiración se liberaba lentamente y el dolor de cabeza comenzaba a disiparse con suavidad. Estaba sanándome.

—Todo mejorará, te lo prometo. Yo lo sé —susurró.

Levanté mi rostro viéndolo de cerca. Sin más acerqué mis labios a los suyos y Oliver se alejó torpemente.

—Lo lamento... —dije casi como reflejo.

El silencio se hizo presente.

—La comida estará lista enseguida —habló dándose vuelta y volviendo a poner su atención en la olla.

—Oliver... yo... —comencé.

Él levantó una mano dándome la espalda ya frente a la mesada de la cocina.

—Yo no soy Einar, Tabatha. Será mi hermano, pero nos separa mucha materia —dijo lentamente—. No pienso ocupar su lugar en tu vida, no quiero ser su reemplazo.

Mi corazón se marchitó levemente.

—Pondré la mesa —susurré.